

La literatura como trabajo de memoria: disputas por la definición de pasados conflictivos en dos obras de ficción

Literature as Work of Memory: Disputes over Conflictive Pasts in Two Works of Fiction

Sebastián Vargas Álvarez

legionesdeclio@gmail.com

Profesor

Universidad Iberoamericana

Prolongación Paseo de la Reforma 880 - Lomas de Santa Fe

01219 - Ciudad de México - DF

México

Resumen

En este artículo se aborda la estrecha relación entre la literatura y la memoria colectiva, partiendo de la afirmación de que los textos literarios restituyen la historicidad de una época y pueden plantear reflexiones sobre los procesos de configuración del recuerdo y el olvido social. Para desarrollar ese argumento se analizan dos novelas: *El lector* (1995), de Bernhard Schlink, obra en la cual se reflejan las complejas disputas por la definición de la memoria pública en la Alemania de posguerra; y *La carroza de Bolívar* (2012), de Evelio Rosero, donde se evidencia la tensión entre memorias hegemónicas nacionales y memorias disidentes locales en la Colombia de los siglos XIX y XX, manifiesta en las diversas resignificaciones de la figura del libertador Simón Bolívar.

153

Palabras clave

Literatura; Memoria colectiva; Historicidad.

Abstract

This paper focuses on the close linkage between literature and collective memory, based on the claim that literary texts reconstitute the historicity of a time and may raise reflections on processes of configuration of social memories and oblivion. To develop this argument, it discusses two novels: *Der vorleser* (1995), by Bernhard Schlink, a work that reflects the complex disputes over the definition of public memory in postwar Germany; and *La carroza de Bolívar* (2012), by Evelio Rosero, which evinces the tension between hegemonic national memories and local dissident memories in Colombia in the 19th and 20th centuries, manifested in the various significations of Simon Bolivar as a liberator.

Keywords

Literature; Collective memory; Historicity.

Recibido el: 5/7/2014

Aceptado el: 29/8/2014

Según Astrid Erll, los textos literarios cumplen

diversas funciones en la cultura del recuerdo como, por ejemplo, formar representaciones sobre mundos pasados, transmitir imágenes de la historia, negociar las competencias del recuerdo y reflexionar sobre los procesos que lleva a cabo la memoria colectiva y los procesos que enfrenta (ERLL 2012, p. 197).

En el presente artículo se busca poner a prueba esa tesis a partir del estudio empírico y minucioso de dos novelas en las cuales se hacen evidentes las tensiones y disputas propias de los procesos de elaboración de la memoria colectiva en contextos conflictivos o traumáticos.

El lector (1995), del escritor alemán Bernhard Schlink, remite al difícil proceso de construcción de la memoria colectiva, trabajo de duelo y asimilación de la responsabilidad histórica por el Holocausto judío en la Alemania de posguerra, una sociedad que, durante la segunda mitad del siglo XX e incluso hasta la actualidad, ha tenido que sobrellevar lo que Michael Geyer ha llamado el "estigma de la violencia" (GEYER 2001, p. 10). Por su parte, *La carroza de Bolívar* (2012), escrita por el autor colombiano Evelio Rosero, expresa una serie de tensiones entre memorias hegemónicas y memorias locales disidentes (GNECCO; ZAMBRANO 2000) en Colombia configurada en torno a los distintos recuerdos, olvidos y resignificaciones de la figura del libertador Simón Bolívar en la ciudad de Pasto, al suroccidente del país. A pesar de que se trata de dos obras que remiten a contextos diferentes y de que manejan una estructura temporal diferente (la distancia histórica entre los eventos referidos y el presente del escritor y sus lectores es mayor en la novela colombiana que en la alemana), ambas obras tienen en común una función reflexiva con respecto a eventos violentos traumáticos que desestabilizaron las sociedades de las que fueron producto.

El artículo se divide en cuatro partes. En un primer momento, me referiré a los aportes de los textos literarios a los procesos de construcción de la memoria colectiva. Los siguientes dos apartados están dedicados al análisis de las obras de ficción propuestas como caso de estudio. Por último, retomaré las principales reflexiones del estudio en una breve conclusión.

Cabe aclarar que no hablo de la literatura como un experto en ese campo, sino desde el punto de vista de un historiador que busca identificar y señalar algunos aportes de los textos literarios a los estudios de la memoria y al mejoramiento de su propio oficio. También quisiera advertir que en el artículo no se abordará la problemática relación entre discurso histórico y discurso literario, o entre verdad y ficción, que remite al debate sobre el carácter narrativo del texto histórico (agudizado después del giro lingüístico en la década de los años setenta), pues mi intención es concentrarme en las relaciones entre literatura y memoria.¹

¹ Para un balance actualizado de este debate, véase VERGARA 2005.

Literatura, memoria, historicidad

La literatura, a diferencia de la historia —que mantiene un pacto de referencialidad con el lector (debe acreditar la verdad de lo narrado)—, posee un “poder simbolizador” para referirse al pasado, precisamente porque escapa a las exigencias de cientificidad y objetividad propias de la historiografía (RUFER 2010, p. 307). Su dominio no es “la realidad histórica”, sino la “exploración de la dimensión histórica de la existencia humana” (ORDOÑEZ 2012, p. 212); y su finalidad no es “la verdad” del relato, sino su “verosimilitud” (PERUS 2009, p. 33). Utilizando los términos de H.U. Gumbrecht (2005), podríamos decir que la literatura es productora de *efectos de presencia*, más que de *efectos de sentido*: logra expresar realidades pasadas más que explicarlas.

El “poder simbolizador” y de “producción de presencia” de los textos de ficción es especialmente palpable cuando se refieren a eventos límite, tales como el Holocausto judío, el terrorismo de estado de las dictaduras militares latinoamericanas o el racismo estructural del Apartheid sudafricano.² La literatura, en tanto manifestación artística cuya meta no es la presentación de un significado objetivo sobre la realidad sino la expresión humana, puede convertirse en una alternativa útil para sortear los límites que esa clase de acontecimientos traumáticos impone a la representación historiadora (FRIEDLANDER 2008):

Por medio de técnicas como el diario personal, el discurso vivido, o el monólogo interior, los textos literarios tienen la capacidad de representar aquello a lo que no se puede acceder por medio de otros discursos, dado que no está articulado ni se lo puede articular en ellos; los textos literarios tienen la capacidad de hacer esto intersubjetivamente accesible y, con ello, de convertirlo en objeto de la cultura del recuerdo (ERLL 2012, p. 238).

El arte y la literatura juegan un papel muy importante en la recuperación y socialización de la memoria, la reparación y la reconstitución de nuevas identidades. En efecto, la literatura y el arte son campos de producción que permiten concebir un mapa social que recoja y elabore los síntomas de una sociedad conmocionada (ORTEGA 2011, p. 56).

En la medida en que la literatura se interesa por lo verosímil y lo posible de la existencia humana, es capaz de imaginar realidades y devenires históricos alternativos (ERLL 2012, p. 203).³ Pero, en ese proceso, también refleja los deseos, los sueños y los imaginarios de la sociedad en la que es producida una obra literaria y que la atraviesan más allá de que su autor sea consciente de ello o no. Al respecto, comenta en un interesante ensayo el escritor peruano Mario Vargas Llosa (2002, p. 22):

² Sobre el papel de la literatura, a partir de ejemplos concretos (poesía y novela), en los procesos de elaboración de pasados traumáticos en la Europa de posguerra y la América Latina de la transición, ver SARLO 2008; y, para el caso sudafricano, RUFER 2010, Cap. 5.

³ Esta es una característica que comparten los relatos de ficción con las narraciones o testimonios de la memoria colectiva: “la memoria subvierte el presente al negarle la condición de aquello que aparece como algo irremediablemente necesario. Habla de lo que fue, pero además ensaya reflexionar sobre las circunstancias que lo posibilitaron; se abre la inquietante posibilidad de que el camino recorrido no fuera el único posible. La maleabilidad de la memoria niega cualquier esencia fatalista de los acontecimientos. Su misión, seguramente, no radica en el escrutinio valorativo de los hechos. No es su papel ponerlos en duda, pero presupone que podría haber sido de otra manera y en un sentido que se acerca al futuro, la memoria afirma que no estábamos ‘destinados’ a ser lo que somos, ni a repetir lo que fuimos” (SCHMUCLER 2009, p. 29).

¿Qué confianza podemos prestar, pues, al testimonio de las novelas sobre la sociedad que las produjo? ¿Eran esos hombres así? Lo eran, en el sentido de que así querían ser, de que así se veían amar, sufrir y gozar. Esas mentiras no documentan sus vidas sino los demonios que las soliviantaron, los sueños en que se embriagaban para que la vida que vivían fuera más llevadera. Una época no está poblada únicamente de seres de carne y hueso; también, de los fantasmas en que estos seres se mudan para romper las barreras que los limitan y los frustran.

Desde mi punto de vista, esos fantasmas y demonios que pueblan la literatura están directamente relacionados con lo que François Hartog (2007, p. 30) denomina *regímenes de historicidad* de una sociedad, esto es, con las diferentes formas en que una comunidad humana se relaciona con el tiempo (pasado, presente y futuro) y lo experimenta. En novelas, cuentos y otros relatos de ficción es posible rastrear pistas en personajes, situaciones o tramas que nos revelan algunas de esas relaciones y experiencias. Son documentos que permiten al historiador en particular y a cualquier lector en general restituir la historicidad de una sociedad pasada, de un contexto específico, que puede ser el lugar de producción de la obra, el escenario en el cual se desarrollan los relatos ficcionales, o ambos. Son capaces de expresar la atmósfera o el *stimmung* propio de una época, que revela las particulares relaciones que una sociedad mantiene con la temporalidad y la historia (GUMBRECHT 2013).

156

Adicionalmente, existen novelas u otras obras literarias que abordan directamente el problema de la configuración del recuerdo y el olvido colectivo. Pienso en ejemplos muy conocidos como *1984* y *Rebelión en la granja*, de George Orwell, o *Funes el memorioso*, de Jorge Luis Borges. En esos y en otros casos —como en las literaturas feministas y poscoloniales—, los textos literarios se constituyen en medios para la formación de la memoria colectiva y para la reflexión crítica sobre esa misma memoria en la medida en que son capaces, según Erll, de

indagar, deconstruir y transformar de manera declarada las versiones del pasado existentes, al crear ficciones revisionistas de la historia y la memoria [...] de esta manera, los textos literarios cuestionan las imágenes de la historia, las estructuras axiológicas y las representaciones de lo propio y lo otro (2012, p. 227).

Las dos novelas analizadas en este artículo, como veremos, también pueden incluirse en ese tipo de obras.

Quisiera terminar este primer apartado argumentando que ese tipo de obras de ficción que plantean reflexiones al lector sobre el funcionamiento de la memoria colectiva y sobre implicaciones políticas de esa misma memoria, se pueden interpretar como “trabajos de memoria”. Se trataría de una práctica deliberada, en el sentido productivo propuesto por autoras como Elizabeth Jelin y Pilar Calveiro:

El trabajo como rasgo distintivo de la condición humana pone a la persona y a la sociedad en un lugar activo y productivo. Uno es agente

de transformación, y en el proceso se transforma a sí mismo y al mundo. La actividad agrega valor. Referirse entonces a que la memoria implica "trabajo" es incorporarla al quehacer que genera y transforma el mundo social (JELIN 2002, p. 14).

Una decisión consciente de no olvidar, como demanda ética y como resistencia a los relatos cómodos. En este sentido, la memoria es sobre todo acto, ejercicio, práctica colectiva, que se conecta casi invariablemente con la escritura (CALVEIRO 2006, p. 377).

El lector: memorias individuales y colectivas en la Alemania de posguerra

Bernhard Schlink es un escritor y jurista nacido en 1944 en Bielefeld, Alemania. Se ha desempeñado como juez en la corte constitucional del estado federal de Renania del Norte-Westfalia y como profesor de historia del derecho en la Universidad Humboldt de Berlín. Si bien ya había escrito algunas novelas policíacas, su reconocimiento como autor se deriva del éxito obtenido con su novela *El lector* (*Der vorseher*), publicada en 1995. Traducida a 39 idiomas y ganadora de varios premios internacionales, la novela fue adaptada al cine por el director Stephen Daldry en 2008, lo cual multiplicó el público receptor de ese relato alrededor del mundo.

El lector narra, desde una perspectiva parcialmente autobiográfica, la historia de un romance que sostiene el adolescente Michael Berg con Hanna Schmitz, una mujer mayor que él y misteriosa. Años después, cuando Michael es estudiante de derecho, vuelve a ver a Hanna, quien se encuentra acusada en un tribunal contra los crímenes de la Segunda Guerra Mundial y es declarada culpable. Michael adulto y Hanna anciana sostendrán luego una relación postal y literaria: él le envía grabaciones de lecturas en voz alta. La práctica de la lectura atraviesa la tormentosa relación de la pareja en tres tiempos: el romance, el juicio, la cárcel. El analfabetismo de Hanna y su superación final constituyen la clave de la novela.

Esta obra es un buen ejemplo de que la memoria, tanto individual como colectiva, siempre es una elaboración del pasado desde el presente que solo puede expresarse mediante una narración, como se ha insistido muchas veces en los estudios de memoria. Los episodios que marcaron la vida de Michael solo adquieren sentido cuando los rememora *a posteriori*, en su vida adulta, cuando se da cuenta realmente de quién es Hanna.⁴ El pasado va transformándose conforme se retoma desde diferentes presentes. Las impresiones que producen al protagonista las visitas *a posteriori* de lugares importantes para su vida de adolescente y de joven adulto determinan la manera en que recuerda y evoca el pasado, trátase de la casa donde vivió su agitado romance con Hanna, o del campo de concentración de Struthof, el cual visita cuando estudiante, primero, y, luego, cuando ya es mayor (SCHLINK 2009, p. 12, 145-146).

⁴ Por ejemplo, cuando Michael afirma, en diferentes momentos: "Aunque puede ser que no me fijara en todo esto hasta más adelante"; "todas esas cosas no las pensaba claramente por entonces, pero las sentía con toda certeza"; "esas son cosas que pensé más tarde. Y tampoco más tarde hallé consuelo en ellas" (SCHLINK 2009, p. 15, 84 y 160).

El pasado cobra sentido a través del presente. Por eso para Michael los días de su romance con Hanna, que recuerda como felices, son empañados por las impresiones posteriores, por los descubrimientos, por el giro que se da por los acontecimientos ulteriores. Él rememora todo, acumulado, desde el hoy en que narra, en que escribe la historia.

¿Por qué me pongo tan triste cuando pienso en aquellos días? ¿Será que añoro la felicidad pasada? Lo cierto es que en las siguientes semanas fui feliz. Me la pasé estudiando como un imbécil, hasta sacar el curso, mientras nos amábamos como si nada más importara en el mundo. ¿O será por lo que descubrí más tarde, por la sombra que ese descubrimiento tardío arroja sobre aquellos días del pasado? ¿Por qué? ¿Por qué lo que fue hermoso, cuando miramos atrás, se nos vuelve quebradizo al saber que ocultaba verdades amargas? (SCHLINK 2009, p. 40).

Pero quizás lo más relevante de esta novela sea cómo se cruza una historia de vida, una memoria individual, con procesos de elaboración del pasado de implicación más amplia: el delicado juicio al pasado nazi que se emprende desde la década de los años sesenta en Alemania. A partir de un romance, una historia de amor siempre conflictiva, el autor acerca a los lectores de una manera muy cercana y vívida a los conflictos generacionales y al fenómeno del estigma de la violencia propio de la posmemoria, de la Alemania de posguerra.⁵ Eso se constata, por ejemplo, en el juicio, cuando sale a relucir la práctica de Hanna de dar cuidados especiales a las prisioneras débiles y delicadas para que le leyeran en voz alta antes de enviarlas a su muerte en Auschwitz; o cuando en el testimonio de una de las sobrevivientes se asocia a Hanna con una yegua, mientras él, durante su romance, la había asociado con un caballo (SCHLINK 2009, p. 107-115).

158

Entonces Hanna se volvió y me miró. Su mirada me localizó de inmediato, y comprendí que ella había sabido todo el tiempo que yo estaba allí. Se limitó a mirarme. Su cara no pedía nada, no reclamaba nada, no afirmaba nada, no prometía nada. Se mostraba, eso era todo. Me di cuenta de lo tensa y agotada que estaba. Tenía ojeras, y las mejillas cruzadas de arriba abajo por una arruga que yo no conocía, que aún no era honda, pero ya la marcaba como una cicatriz. Al verme enrojecer, apartó la mirada y volvió a fijarla en el tribunal [...] No me consolaba pensar que mi sufrimiento

⁵ Michael Geyer entiende por "estigma de la violencia" un elemento clave e ineludible que forja la identidad alemana a partir de la década de los años setenta (precisamente el momento en el que se desarrollan los juicios en la novela analizada), que surge de la toma de conciencia —por parte de las nuevas generaciones— de la necesidad de unos lineamientos para una historia que reconozca la elaboración o no del duelo (*working through*) por la muerte masiva de judíos por parte de los alemanes como una de las experiencias centrales del siglo XX. "Si la recuperación del entumecimiento emocional fue tan lenta y vacilante, y si una generación entera con sus niños nunca salieron de la sombra de la experiencia de la muerte, esto tiene que ver sobre todo con el hecho de que una conciencia pública del estigma de la violencia no emergió realmente sino hasta el final de los años setenta" (GEYER 1997, p. 20). Por su parte, "posmemoria" es un término que acuña Marianne Hirsch para referirse a las experiencias y elaboraciones del pasado de las generaciones posteriores a eventos traumáticos, que acceden al pasado indirectamente: "la posmemoria caracteriza la experiencia de aquellos que crecen dominados por narrativas que precedieron su nacimiento, cuyas propias historias tardías son evacuadas por historias de la generación previa moldeadas por eventos traumáticos que no pueden ser entendidos o recreados" (HIRSCH 1997, p. 22). Añade Mónica Szurmuk: "en el caso de experiencias traumáticas, entonces, se usa el término 'memoria' para referirse a la experiencia y la producción cultural de quienes fueron víctimas, perpetradores o testigos de un hecho traumático, mientras que la posmemoria se enfoca en los registros culturales producidos por quienes crecen a la sombra de estos recuerdos" (SZURMUK 2009, p. 226).

por haber amado a Hanna fuera de algún modo el paradigma de lo que le pasaba a mi generación, de lo que le pasaba a los alemanes, con la diferencia de que en mi caso resultaba más difícil hurtar el bulto o enmascarar el fondo de la cuestión. Aun así, me habría hecho bien poder sentirme simplemente uno más de mi generación (SCHLINK 2009, p. 110, 160-161).

En la novela, se hace evidente una tensión entre la generación de los perpetradores o cómplices de la muerte masiva y la generación de los venidos después, que juzga sobre la anterior. Se trata de la generación del movimiento estudiantil del 68, que protesta contra la guerra norteamericana en el Vietcong y se alza contra sus padres y abuelos en un proceso de revisionismo y crítica al nazismo:

La palabra clave era "revisión del pasado". Los estudiantes del seminario nos considerábamos los pioneros de la revisión del pasado. Queríamos abrir las ventanas, que entrase el aire, que el viento levantara por fin el polvo que la sociedad había dejado acumularse sobre los horrores del pasado. Nuestra misión era crear un ambiente en el que se pudiera respirar y ver con claridad. Tampoco nosotros apostábamos por la erudición. Teníamos claro que hacían falta condenas. Y también teníamos claro que la condena de tal o cual guardián o esbirro de este u otro campo de exterminio no era más que un primer paso. A quien se juzgaba era a la generación que se había servido de aquellos guardianes y esbirros, o que no los había obstaculizado en su labor; o que ni siquiera los habían marginado después de la guerra, cuando podría haberlo hecho. Y con nuestro proceso de revisión y esclarecimiento queríamos condenar a la vergüenza eterna a aquella generación (SCHLINK 2009, p. 87).

159

En el caso de Michael, esa tensión se expresa en la relación, a menudo conflictiva, que mantiene con su padre, quien fuera un profesor de filosofía expulsado de la universidad por dictar un curso sobre Spinoza (cabe recordar que el padre de Schlink era profesor de teología y perdió su puesto durante el régimen nazi) (SCHLINK 2009, p. 88).

El discurso "acusador" de la nueva generación, no obstante, pronto se convierte en "estigma de violencia", del que ni siquiera ella puede escapar. Ellos (los jóvenes), en última instancia, son tan responsables como sus ancestros. Se trata de un dilema ético, histórico y jurídico que será replanteado en la década de los años ochenta en el seminal ensayo de Jürgen Habermas y Jeremy Leaman (1988) sobre los usos públicos de la historia y la responsabilidad social de los alemanes frente a las víctimas del Holocausto, frente a su propia historia nacional reciente.

¿Cómo debía interpretar mi generación, la de los nacidos más tarde la información que recibíamos sobre los horrores del exterminio de los judíos? No podemos aspirar a comprender lo que en sí es incomprensible, ni tenemos derecho a comparar lo que es incomparable, ni a hacer preguntas, porque el que pregunta, aunque no ponga en duda el horror, sí lo hace objeto de comunicación, en lugar de asumirlo como algo ante lo que sólo se puede enmudecer, presa del espanto, la vergüenza y la culpabilidad. ¿Es ése nuestro destino, enmudecer presa del espanto, la vergüenza y la culpabilidad? ¿Con qué fin? No es que se hubiera perdido el entusiasmo por revisar y esclarecer con el que había tomado parte en

el seminario y en el juicio; sólo me pregunto si las cosas debían ser así: unos pocos condenados y castigados, y nosotros, la generación siguiente, enmudecida por el espanto, la vergüenza y la culpabilidad (SCHLINK 2009, p. 99, 159).

El giro generacional, a pesar de esos dilemas que plantea, y precisamente gracias a ellos, conducirá, especialmente en los años ochenta y noventa, a una revaloración del pasado alemán y a la apertura de importantes debates no sólo en la historiografía (TRAVERSO 2012),⁶ sino también en otros registros de la memoria social y la esfera pública, como los monumentos, museos, memoriales y marcas territoriales (KOSELLECK 2011; YOUNG 1998), la enseñanza de la historia y los libros de texto (LEVY; DIEKERS 2004) y el campo político-jurídico (HERF 2004). En términos generales, tanto en la historiografía como en la memoria pública, asistimos en la Alemania de posguerra a un proceso que va desde la invisibilización del evento traumático en las décadas de los años cincuenta y sesenta hasta el posicionamiento público y abierto cada vez más acentuado —aunque no desprovisto de tensiones— de esa problemática desde los años setenta hasta la actualidad.

160

No hay que perder de vista, sin embargo, que esa irrupción del evento traumático en la historiografía y la escena pública alemana (y, luego, norteamericana y occidental) de las últimas décadas, ha estado acompañada de la hipertrofia y fosilización del sentido del Holocausto, que, en muchos casos, ha quedado reducido a un “objeto de consumo” propio de una “cultura de masas”, como lo han hecho notar varios autores (LANDSBERG 2001) y como lo siente el mismo Michael Berg en *El Lector* cuando recuerda que en los años del juicio eran escasas las representaciones visuales que documentaban la experiencia de los campos de exterminio, mientras que “hoy en día” existen muchos libros y películas que no se han limitado a percibir, sino que han “empezado a añadir y decorar por su cuenta” (SCHLINK 2009, p. 139).

Pero es precisamente en este contexto, en este momento de la historia de la memoria del Holocausto, en el cual Hanna, ya anciana y cumpliendo su condena en la cárcel, aprende con coraje a leer. Durante diez años, Berg le envía lecturas de novelas y clásicos de la literatura (desde cuentos de Schnitzler y Chejov hasta la *Odisea* de Homero) en voz alta grabadas en casetes, gracias a las cuales ella aprende a leer por su cuenta. Sin embargo, como parte de un proceso de comprensión y arrepentimiento, Hanna, una vez que ya es lectora, no busca nuevos libros de literatura universal, sino que pide en la biblioteca de la cárcel todo lo relacionado con el pasado nazi, para tratar de entender su propia responsabilidad y ofrecer, al final y por medio de Michael, la reparación

⁶ Aquí es importante hacer una mención al debate de los historiadores o *Historikerstreit*, que enfrentó en los años ochenta a una serie de historiadores conservadores como Ernst Nolte y Andreas Hillgruber (quienes defendían una reconciliación con ese “pasado que no pasa” para restaurar la grandeza de la historia de la nación alemana redimiéndola de su gran mancha histórica, argumentando, entre otras cosas, que el Holocausto podía compararse con otros crímenes masivos como la Gulag soviética) y otros de corte liberal, como Habermas, quienes contraargumentaban a favor de la necesidad de que la ciudadanía asumiera la responsabilidad histórica de la muerte masiva para poder elaborar el duelo y construir el presente (TRAVERSO 2007, Caps. 4-6; LA CAPRA 2008, Cap. 3). Algunos textos que formaron parte del debate, incluida la traducción del citado ensayo de Habermas y Leaman, se encuentran en MANN; NOLTE; HABERMAS 2008.

que está a su alcance a la única prisionera sobreviviente, a su víctima. “Lo primero que se puso a leer Frau Schmitz cuando aprendió a leer fueron libros sobre los campos de exterminio” (SCHLINK 2009, p. 192).

Finalmente, esta novela refleja la importancia de la memoria y los usos públicos y políticos de la historia para el oficio de historiador. No es casual que Michael, una vez confrontados sus miedos y contradicciones internas en los juicios, opte por convertirse en historiador del derecho, alejándose de sus compañeros, quienes escogieron la profesión de abogado o juez. Para Berg (y probablemente para Schlink), ser historiador “significa tender puentes entre el pasado y el presente, observar ambas orillas y tomar parte activa en ambas”. La investigación histórica es como la *Odisea*, un movimiento provechoso e inútil al mismo tiempo (SCHLINK 2009, p. 170-171).

En suma, *El lector* es una novela que nos acerca a uno de los temas paradigmáticos del siglo XX (y de nuestra actualidad): el Holocausto de la Segunda Guerra Mundial y el encaramiento del pasado nazi. Pero lo hace a partir de una perspectiva personal, subjetiva, en la cual, si bien existen límites para representar lo irrepresentable (el terror del exterminio, de la muerte masiva e industrializada), como lo afirman tanto el académico Saul Friedländer como el personaje de ficción Michael Berg, por lo menos se pueden expresar algunas de las tensiones que atraviesan la elaboración de su duelo y de su memoria. El impacto social de eso no es menor: contribuye a trabajar y eventualmente resolver esas tensiones, lo cual, para un libro reconocido internacionalmente y traducido a 39 idiomas, no es poca cosa.

161

La carroza de Bolívar: Pasto como un “sur” en la memoria hegemónica de la nación colombiana

Evelio Rosero es un periodista y escritor nacido en Bogotá en 1958. Es considerado uno de los escritores colombianos más importantes de la actualidad. Sus cuentos y novelas, escritos entre Bogotá y Barcelona, abordan el problema de la memoria y los conflictos (en muchos casos violentos) de la sociedad colombiana moderna (MARÍN 2011). En una entrevista reciente, Rosero afirmó:

el conflicto armado es el pan de cada día en el país. La corrupción es otra manifestación de la violencia. Un escritor colombiano, necesariamente, lo expresará, aunque sea de manera inconsciente, y aunque se trate de un poema a las hadas. En algún recodo de cualquier fábula rosa la sangre escurrirá, porque esa es la triste realidad de cada mañana (NEIRA 2012).

La carroza de Bolívar es una novela cuya historia transcurre en la década de los años sesenta en la ciudad de Pasto (Nariño), al sur de Colombia, urbe andina en la que el autor vivió la mayor parte de su infancia. La historia narrada es la de Justo Pastor Proceso López, un ginecólogo cincuentón, historiador aficionado que en sus ratos libres se propone desmitificar la figura de Simón Bolívar por medio de una obra inconclusa, *La gran mentira de Bolívar o el mal llamado libertador*, y de un proyecto de historia oral, *Búsquedas humanas*, que recupera el testimonio de los descendientes de las víctimas de la guerra de independencia en Pasto. Su

obsesión revisionista se apoya en la obra del historiador nariñense José Rafael Sañudo (1872-1943), personaje que existió en realidad y se considera uno de los primeros críticos de Bolívar en la historiografía colombiana, como se puede comprobar en sus *Estudios sobre la vida de Bolívar* (SAÑUDO 1925).

En vísperas de los carnavales de blancos y negros, un 28 de diciembre, y por casualidad, el protagonista se encuentra con una carroza que artesanos locales están construyendo para las festividades y concibe la “carroza de Bolívar” (en la que el personaje histórico aparece representado persiguiendo a una mujer que huye despavorida) como una forma de hacer público su proyecto intelectual. Encuentra en el Bolívar de la carroza una nueva razón para vivir, para concluir su investigación, en medio de la crianza de dos hijas adversas y el desamor de una esposa:

—Es igualito —dijo por fin el niño que sirvió de centinela—. Es el mismo libertador de la cartilla.
—Simón Bolívar se deja allí tal cual —siguió el doctor—. La mujer de Furibundo Pita podrá servir más tarde, ya veremos cómo y dónde: con ese rostro aterrado, y huyendo como huye, se parece a este país [...]
—¿De qué Simón Bolívar habla? —preguntó al fin el maestro Abril—, ¿el mismo de la independencia?
—El mismo —contestó el doctor.
Ya era tarde para echarse atrás (ROSETO 2012, p. 66).

162

Esta novela refleja uno de los problemas claves de la historia y la cultura de los países latinoamericanos: la constitución, durante los siglos XIX y XX, de las memorias nacionales a partir de la historiografía y otros constructos culturales y simbólicos, generalmente desde las elites asentadas en el centro del país (capitales), y la consecuente invisibilización o subalternización de la diferencia étnica, de género, racial y local-regional en esos relatos del pasado nacional (PALACIOS 2009). La historia patria, que hace de las revoluciones de independencia un mito fundacional (ignorando o desplazando otros períodos), deviene memoria dominante que desconoce o prescribe memorias *otras* (GNECCO; ZAMBRANO 2000). En este caso, se trata de las disputas por definir el sentido de la “independencia” en Colombia entre una memoria hegemónica que entroniza la figura de Simón Bolívar como protagonista histórico por excelencia y estigmatiza al pueblo pastuso como realista y apátrida y unas memorias locales y disidentes que defienden y justifican el actuar de sus ancestros y denuncian la violencia originaria del Estado nación, evidenciada en la represión militar y las masacres a civiles perpetradas por el proyecto patriota en los primeros años de la década de 1820 (en particular la “Navidad negra”, el 24 de diciembre de 1823). Esas memorias locales y disidentes colocan a Agustín Agualongo como un (anti)héroe local capaz de hacer contrapeso a personajes patrios como Bolívar o Nariño.⁷ Como resultado de esas disputas, Pasto en particular y el suroccidente del país en

⁷ Agualongo se mantiene en el imaginario popular de los pastusos como un defensor por las causas regionales, constituyéndose en símbolo de identidad territorial. Hoteles, asociaciones, colegios y hasta un barrio popular de Pasto fueron bautizados con el nombre de este héroe local (ÁLVAREZ 2010, p. 347). Además, en 1996, el alcalde de Pasto Antonio Navarro Wolf proyectó el reemplazo de la estatua de Antonio Nariño —instalada en la plaza principal de la ciudad en 1911— por una de Agualongo, propuesta que no se materializó (YIE 2010, p. 137).

general, han ocupado un lugar marginal en la historiografía y el imaginario nacional colombiano, lo cual se ha traducido en la cultura popular en un estereotipo del pastuso como “tonto” o “poco inteligente”, tal como se evidencia en los “chistes de pastusos”, equivalentes a los “chistes de gallegos” en España.

Durante las guerras de Independencia (1810-1825), las comunidades indígenas y campesinas de Pasto, así como los negros y mulatos del Patía, resistieron al avance de las tropas de Nariño, primero, y, posteriormente, al de las de Bolívar. Éste último pretendía tomar Quito y expulsar a los españoles del Perú, pero el Pasto realista se interponía en su camino. El Libertador llegó a referirse a los pastusos, en carta al general Santander (Potosí, 21 de octubre de 1825), en los siguientes términos:

Los pastusos deben ser aniquilados, y sus mujeres e hijos transportados a otra parte, dando aquel país a una colonia militar. De otro modo, Colombia se acordará de los pastusos cuando haya el menor alboroto o embarazo, aun cuando sea de aquí a cien años, porque jamás se olvidarán de nuestros estragos, aunque demasiado merecidos (*apud* SAFFORD; PALACIOS 2002, p. 223).

Si bien la historiografía decimonónica —que adoptó el relato de José Manuel Restrepo como matriz vertebradora— aseguró que los pastusos se opusieron a la independencia y a la libertad por ignorancia y fanatismo religioso (movilizados por sacerdotes), estudios recientes han demostrado su agencia histórica en la medida en que lucharon para defender sus territorios, costumbres y modos de vida, que habían logrado una estabilidad luego de tres siglos de difícil negociación con las autoridades coloniales.⁸ No obstante, la marginalización de Pasto en la imaginación nacional se impuso a lo largo de los siglos XIX y XX, lo cual, sumado al aislamiento geográfico, hizo de la región un ente poco reconocido política y culturalmente por el Estado nación (ÁLVAREZ 2010).

En sus conversaciones con los artesanos de carrozas, el doctor Proceso López encuentra huellas tanto de las memorias de la represión de los patriotas sobre los pastusos, como del posterior silenciamiento y marginalización de Pasto y sus pobladores en la historia “oficial”.

Mi abuelo siempre habló de Bolívar —dijo.
Entrecerró los ojos, como si se acordara:
—A mí misma me habló de Bolívar —dijo.
Y luego, decidida, encontrando el recuerdo, asiéndolo:
—Se la pasaba hablando de Bolívar, pero decía que ese Bolívar había sido un gran hijueputa.
Tembló el taller con la explosión de una risotada. Al doctor Justo Pastor

⁸ “Los indios de Pasto se enfrentaron a los ejércitos republicanos en defensa de un modo de vida al que debieron adaptarse con enormes dificultades y sacrificios a lo largo del periodo colonial, pero que había demostrado que podía garantizar los mecanismos adecuados para la producción y reproducción material y simbólica de cada grupo, y que el nuevo orden republicano amenazaba destruir: las comunidades campesinas corporativas y cerradas, que eran los pueblos de indios [...] De ahí su feroz reacción contra ellas y las relativas pero duraderas ganancias que obtuvieron, aun en medio de la derrota militar: la permanencia de los resguardos, los conventos, las cofradías, las cajas de comunidad, los pequeños cabildos y, además, la supresión del tributo” (GUTIÉRREZ 2007, p. 32, 250). Resistencias similares de comunidades indígenas y/o campesinas a los proyectos independentistas se presentaron también en Perú (BONILLA 2007, Caps. 5 y 6) y Nueva España (VAN YOUNG 2006).

Proceso López se le aguaron los ojos. «Dios», pensó, «todavía hay memoria entre nosotros.»

—Y no sólo en Pasto sino en todo el país —siguió la Iscuandé acicateada—, el abuelo nos decía que Bolívar siempre fue un gran hijueputa, en cualquier tierra que pisara (ROSERO 2012, p. 69).

Puede que sí —dijo Matías Serrano—. Puede que en Pasto sí, si los pastusos se acordaran. Pero ya nadie recuerda en Pasto, Justo Pastor. Los han incorporado eficazmente a la buena historia de Colombia, con toda su retahíla de héroes y ángeles (ROSERO 2012, p. 121).

Y es a partir de la existencia y constatación de esos rastros que emprende el proyecto de la carroza como un trabajo de memoria, como un ejercicio político que apele a la transformación de la realidad social presente a partir de la reflexión histórica en el espacio público: su meta era exhibirla en el desfile del 6 de enero, el más importante del carnaval, y convertirla en un monumento permanente en el Parque Infantil u otro lugar público relevante de la capital nariñense (ROSERO 2012, p. 72-73). Se trata, no obstante, de una apuesta por una memoria disidente, contrapuesta al relato hegemónico de la sociedad, la historia patria. Por ello, sus amigos de infancia, el alcalde Matías Serrano, el arzobispo monseñor Montúfar y el catedrático Arcaín Chivo, a quienes les comunica su idea y de quienes exige el apoyo, intentan disuadirlo, advirtiéndole de los peligros de la empresa y de la represión que no se hará esperar por parte de los militares y del gobierno departamental (ROSERO 2012, p. 109-110).

164

La irrupción del testimonio de las víctimas o sobrevivientes de eventos límite tanto en la historiografía y las ciencias sociales como en la esfera pública, especialmente durante el último cuarto del siglo XX, será uno de los factores que contribuirán a la desestabilización de los grandes metarrelatos de la modernidad, tales como las historias patrias confeccionadas en el siglo XIX e institucionalizadas después (BUSTOS 2010). En *La carroza de Bolívar*, las entrevistas realizadas a Belencito Jojoa y Polina Agrado le permiten al protagonista documentar los crímenes y abusos cometidos por Bolívar y sus tropas contra los pobladores de Pasto,⁹ especialmente los acaecidos durante la Navidad Negra, “el primer gran ejemplo de la barbarie de la historia de Colombia, la primera gran masacre de tantas que seguirán” (ROSERO 2012, p. 211). Se trata de testimonios que, ciertamente, ponen en evidencia las fisuras, los pliegues y contradicciones de un relato aparentemente liso y homogéneo, la historia oficial de la independencia.

Si hay una piedra donde dice “Aquí lloró Bolívar”, tiene que existir cualquier lugar que nos recuerde aquí se tendió, aquí se levantó, aquí se dijo, aquí calló, aquí cagó, aquí se orinó, pero del susto, aquí fue y aquí no fue, qué carajo ese vergajo, en casa de los míos también pudieron poner aquí robó Simón Bolívar a Chepita del Carmen Santacruz, y aquí la devolvió preñada (ROSERO 2012, p. 140).

⁹ “Hacia comienzos de 1823, Bolívar y otros líderes republicanos concluyeron que la única manera de acabar con la resistencia pastusa sería casi exterminar la población. Entre las medidas represivas se cuentan el reclutamiento forzoso de mil pastusos para servir en el ejército del Perú, el exilio de trescientos a Quito y la confiscación de bienes, así como el ajusticiamiento a los capturados en combate, la ejecución de dirigentes y otros castigos atroces” (SAFFORD; PALACIOS 2002, p. 225).

Por pura merced de Nuestra Santísima de las Mercedes no comprobaron los asesinos que todavía quedaban, en un rincón del andamio, arrebujadas debajo del manto violeta de la Virgen, dos sobrevivientes. No fue una merced completa: tres días duró la masacre debieron comer cera de cirios y beber agua bendita de la pila bautismal. No fue una merced: después del tercer día Hilaria Ocampo y Fátima Hurtado salieron a sumarse a la tristeza universal: habitar como fantasma la ciudad fantasmal, y acogerse, como los demás sobrevivientes, al nuevo orden instaurado por Bolívar (ROSETO 2012, p. 227).

Como se puede advertir, un tema que atraviesa la novela es la apropiación, cuestionamiento y constante resignificación de la figura del libertador, los usos públicos y políticos de sus múltiples “rostros” (YIE 2009). Una de esas apropiaciones, presente en la novela, es la que agencia desde la década de los sesenta la nueva generación de jóvenes revolucionarios, animados por el triunfo de la revolución cubana de 1959, inspirados por las ideas “nuestramericanas” de Martí y compelidos a retomar el “sueño” bolivariano inconcluso de fundar una nación latinoamericana, única posibilidad de contrarrestar el imperialismo norteamericano (VARGAS 2008, p. 151-153).

Esa generación se encuentra encarnada por un grupo de estudiantes de la universidad pública pastusa, liderada por Enrique Quiroz, que sabotea —años antes del momento en el que transcurre la trama principal— la cátedra de historia de Arcaín Chivo. El curso, debido a su carácter revisionista (sustentado en las versiones de Sañudo y Marx sobre Bolívar y su accionar histórico), le cuesta a Chivo la suspensión de la clase y una mortal golpiza por parte de encapuchados. Los estudiantes lo tildan de espía, marioneta del imperialismo, retardatario. Presionan al rector y a otros profesores para que lo expulsen. Terminan por irrumpir en su casa, matando al gato y propinándole una golpiza que lo manda al hospital. Allí nadie lo visita, salvo Justo Pastor, mientras que la Universidad de Nariño y la prensa callan.

El plan, para cuando estuvieran allá, en Bogotá, era la conformación de una guerrilla urbana, idea que cultivaban hacía meses, y acá, en Pasto, su ciudad natal (aunque tres de los doce no eran pastusos, uno caleño, el otro chocono y el otro llanero), era acabar con la perfidia peligrosa de un ginecólogo multimillonario, el doctor Justo Pastor Proceso López, íntimo del loco Chivo, que pretendía burlarse del Libertador Simón Bolívar, padre de la revolución, a través de una carroza de carnaval (ROSETO 2012, p. 265).

Un joven poeta, Roberto Puelles, que forma parte del grupo —no sin conflictos— y a quien se le encomienda seguir y vigilar a Justo Pastor (con el fin de descubrir el lugar en el que oculta la carroza) y que, finalmente, termina emborrachándose con Pastor en los prostíbulos en medio del carnaval, es el símbolo de las contradicciones internas de una generación ilusionada y en cierta medida ingenua.

Finalmente, en este libro es interesante constatar cómo la memoria y el imaginario nacionales no se definen únicamente en el ámbito de la historiografía —a pesar de los intentos de las élites de hacer del discurso histórico el relato

monopolizador del sentido sobre el pasado—, sino que también se dirimen en múltiples registros que convergen y contienden en la arena pública. En concreto, la novela refleja la importancia de los rituales conmemorativos (CONNERTON 1989) en la (re)actualización del pasado y del carnaval como un espacio-tiempo de ruptura que permite particulares lecturas y cuestionamientos del orden social presente y pasado (SCOTT 2000).

La novela termina con una metáfora de la posibilidad de irrupción de memorias disidentes en cualquier momento, en cualquier presente, en los tiempos en los que brille fulgurante el peligro y se haga necesario un “salto de tigre” al pasado (BENJAMIN 1982, p.180, 188). La carroza es confiscada, nunca aparece en el desfile del Carnaval de Blancos. Es retenida por el ejército nacional, que representa el poder estatal que impone el recuerdo y nuestra relación con el pasado (GUHA 2002, p. 17). Sin embargo, es recuperada por los artesanos y escondida, nadie sabe dónde, quedando latente, a la espera de su aparición “en el próximo carnaval”, un constante futuro pasado en el que los negros se pintan de blanco y los héroes caen de sus pedestales incuestionables.

Conclusiones

Al inicio de este artículo veíamos cómo las obras literarias mantienen una estrecha relación con la memoria colectiva, bien porque reflejen la *stimmung* o historicidad propias de un contexto histórico y cultural particular, o bien porque se presenten como ejercicios o trabajos de memoria intencionales en los que el autor se propone, además de narrar una historia y expresarse estéticamente, plantear una serie de reflexiones sobre los conflictos y tensiones que atraviesan necesariamente los procesos de (re)configuración del recuerdo y el olvido social. Las dos novelas aquí analizadas cumplen simultáneamente con ambas condiciones: en ellas se traslucen los sueños, recuerdos y esperanzas que unos personajes de ficción mantienen a partir de su relación con el pasado y su proyección a futuro; pero también en ellas es posible constatar un interés de los autores por generar algunas inquietudes con respecto a la formación de la memoria colectiva en Alemania tras el Holocausto y en Colombia tras la independencia.

El lector es una novela en la que se evidencian la transformación de los recuerdos con el tiempo, los conflictos generacionales como una de las variables importantes en los debates sobre la memoria pública y la nación en la Alemania de posguerra, así como el particular interés de los historiadores en aproximarse a la memoria colectiva como uno de los grandes problemas contemporáneos. La forma en la que Michael y Hanna (re)leen su pasado desde diferentes presentes es el reflejo de una experiencia escindida propia de un contexto posterior a un trauma colectivo.

La carroza de Bolívar plantea una crítica desde los márgenes de la nación, desde el sur, a los procesos por los que se configuró una versión oficial sobre el pasado del país, mostrando, desde el testimonio fragmentario de los descendientes de las víctimas y desde la memoria popular que sobrevive en las comunidades rurales de artesanos aledañas a Pasto, otra cara de la historia de Colombia. Justo Pastor, Arcaín Chivo, Enrique Quiroz: todos tienen un Bolívar al cual acudir o al

cual cuestionar desde su presente como sustento de proyectos políticos y visiones del mundo. La carroza y el carnaval en tanto contramonumentos se perfilan como más efectivos que una historia patria anquilosada en cartillas escolares y estatuas, en el marco de una potencial batalla por la definición del pasado.

En uno de los últimos libros que escribió antes de morir, Raphael Samuel exhortaba a sus colegas historiadores a estudiar los diversos registros de la memoria social, documentos y objetos culturales ajenos al reino de la historiografía pero que también crean sentido sobre el pasado, muchas veces con un mayor impacto y difusión en la cultura popular. Los llamó "teatros de memoria" (SAMUEL 2008). Estoy convencido, como Samuel, de que los historiadores debemos fijar nuestra atención cada vez más en esos relatos, escenarios y representaciones del pasado, pues son determinantes en la configuración de la memoria colectiva. Este artículo sobre la literatura como trabajo de memoria se guió por ese espíritu y espera ser una invitación y una motivación para el emprendimiento de nuevas investigaciones, el abordaje de nuevos *teatros* por explorar.

Referencias bibliográficas

- ÁLVAREZ, María Teresa. ¿Departamento del sur, de Nariño, de la Inmaculada Concepción o de Agualongo? Sobre un efecto colateral de la independencia de Panamá. In: RINCÓN, Carlos; DE MOJICA, Sarah; GÓMEZ, Liliana (eds.). **Entre el olvido y el recuerdo: íconos, lugares de la memoria y cánones de la historia y la literatura en Colombia**. Bogotá: Universidad Javeriana, 2010, p. 341-367.
- BARTHES, Roland. De la historia a la realidad. In: _____. **El susurro del lenguaje: más allá de la palabra y la escritura**. Barcelona: Paidós, 1994, p. 163-195.
- BENJAMIN, Walter. Tesis de la filosofía de la historia. In: _____. **Discursos interrumpidos I**. Madrid: Taurus, 1982.
- BONILLA, Heraclio. **Metáfora y realidad de la independencia en el Perú**. Lima: Fondo Editorial del Pedagógico San Marcos, 2007.
- BUSTOS, Guillermo. La irrupción del testimonio en América Latina. Presentación del dossier "Memoria, historia y testimonio en América Latina". **Historia Crítica**, Bogotá, n. 40, p. 10-19, 2010.
- CALVEIRO, Pilar. Los usos políticos de la memoria. In: CAETANO, Gerardo (comp.). **Sujetos sociales y nuevas formas de protesta en la historia reciente de América Latina**. Buenos Aires: CLACSO, p. 359-382, 2006.
- CERTEAU, Michel de. **Historia y psicoanálisis: entre ciencia y ficción**. México: Universidad Iberoamericana, 2011.
- CONNERTON, Paul. **How societies remember**. Cambridge: Cambridge University Press, 1989.
- DALDRY, Stephen (dir.). **The Reader: Estados Unidos y Alemania**: Mirage

- Enterprises, Neunte Babelsberg Film, 2008. Disponible en: <http://www.imdb.com/title/tt0976051>.
- ERLL, Astrid. **Memoria colectiva y culturas del recuerdo**: estudio introductorio. Bogotá: Universidad de Los Andes, 2012.
- FRIEDLÄNDER, Saul (ed.). **Probing the limits of representation**: Nazism and the "final solution". Cambridge: Harvard University Press, 1992.
- GEYER, Michael. The place of Second World War in German Memory and History. **New German Critique**, Ithaca, n. 71, p. 5-40, 1997.
- GUTIÉRREZ, Jairo. **Los indios de Pasto contra la república (1809-1824)**: las revoluciones antirrepublicanas de los indios de Pasto durante la Guerra de Independencia. Bogotá: ICANH, 2007.
- GNECCO, Cristóbal; ZAMBRANO, Marta (eds.). **Memorias hegemónicas, memorias disidentes**: el pasado como política de la historia. Bogotá: ICANH-Universidad del Cauca, 2000.
- GUHA, Ranajit. **Las voces de la historia y otros estudios subalternos**. Barcelona: Crítica. 2002.
- GUMBRECHT, Hans Ulrich. **Producción de presencia**: lo que el significado no puede transmitir. México: Universidad Iberoamericana, 2005.
- _____. **After 1945**: latency as the origin of the presence. Stanford: Stanford University Press, 2013.
- HABERMAS, Jürgen. **Más allá del Estado nacional**. Madrid: Trotta, 1997.
- _____; LEAMAN, Jeremy. Concerning the Public Use of History. **New German Critique**, Ithaca, n. 44, p. 40-50, 1988.
- HARTOG, François. **Regímenes de historicidad**: presentismo y experiencias del tiempo. México: Universidad Iberoamericana, 2007.
- HERF, Jeffrey. The emergency and legacies of a divided past: Germany and the Holocaust since 1945. In: MÜLLER, Jan-Werner (ed.). **Memory and power in post-war Europe**: studies in the presence of the past. Cambridge: Cambridge University Press, 2004, p. 184-205.
- HIRSCH, Marianne. **Family frames**: photography, narrative and postmemory. Cambridge: Harvard University Press, 1997.
- JELIN, Elizabeth. **Los trabajos de la memoria**. Madrid: Siglo XXI, 2002.
- _____; LONGONI, Ana (comp.). **Escrituras, espacios e imágenes ante la represión**. Madrid: Siglo XXI, 2005.
- KOSELLECK, Reinhart. **Modernidad, culto a la muerte y memoria nacional**. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2011.
- LA CAPRA, Dominick. **Representar el Holocausto**: historia, teoría, trauma. Buenos Aires: Prometeo, 2008.

- LANDSBERG, Alison. America, the Holocaust and the mass culture of memory: towards a radical politics of empathy. **New German Critique**, Ithaca, n. 71, p. 63-86, 1997.
- LEVY, Daniel; DIEKERS, Julian. Institutionalising the past: shifting memories of nationhood in German education and immigration legislation. In: MÜLLER, Jan-Werner (ed.). **Memory and power in post-war Europe: studies in the presence of the past**. Cambridge: Cambridge University Press, 2004, p. 244-264.
- MANN, Thomas; NOLTE, Ernst; HABERMAS; Jürgen. **Hermano Hitler: el debate de los historiadores**. México: Herder, 2011.
- MARÍN, Paula Andrea. La novelística de Evelio Rosero: los abusos de la memoria. **Cuadernos de Aleph**, n. 3, p.133-160, 2011.
- NEIRA, Armando. Simón Bolívar fue especialmente cruel. Entrevista: Evelio Rosero. **El País**, 28 enero 2012.
- ORTEGA, Francisco (ed.). **Trauma, cultura e historia: reflexiones interdisciplinarias para el nuevo milenio**. Bogotá: Universidad Nacional, 2011.
- ORDÓÑEZ, Leonardo. Historia, literatura y narración. **Historia Crítica**, n. 36, p. 194-222, 2008.
- PALACIOS, GUILLERMO (coord.). **La nación y su historia: independencias, relato historiográfico y debates sobre la nación: América Latina, siglo XIX**. México: El Colegio de México, 2009.
- PERUS, Francois (comp.). **La historia en la ficción y la ficción en la historia**. Reflexiones en torno a la cultura y algunas nociones afines: historia, lenguaje y ficción. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Sociales, 2009.
- ROSETO, Evelio. **La carroza de Bolívar**. México: Tusquets, 2012.
- RUFER, Mario. **La nación en escenas: memoria pública y usos del pasado en contextos poscoloniales**. México: El Colegio de México, 2010.
- SAFFORD, Frank; PALACIOS, Marco. **Colombia país fragmentado, sociedad dividida: su historia**. Bogotá: Norma, 2002.
- SAMUEL, Raphael. **Los teatros de la memoria: pasado y presente de la cultura contemporánea**. Valencia: Publicacions Universitat de Valencia, 2008.
- SAÑUDO, José Rafael. **Estudios sobre la vida de Bolívar**. Pasto: Editorial de Díaz del Castillo, 1925.
- SARLO, Beatriz. **Tiempo pasado, cultura de la memoria y giro subjetivo: una discusión**. México: Siglo XXI, 2008.
- SCHLINK, Bernhard. **El lector**. Barcelona: Anagrama, 2009.
- SCHMUCLER, Héctor. Memoria, subversión y política. In: DE LA PEZA, María

del Carmen (ed.). **Memoria(s) y política**: experiencia, poéticas y construcción de nación. Buenos Aires: Prometeo, 2009, p. 29-39.

SCOTT, James. **Los dominados y el arte de la resistencia**. México: Era, 2000.

SZURMUK, Mónica. Posmemoria. In: SZURMUK, Mónica; IRWIN, Robert Mackee (coords.). **Diccionario de estudios culturales latinoamericanos**. México: Siglo XXI-Instituto Mora, 2009, p 224-228.

TRAVERSO, Enzo. **El pasado, instrucciones de uso**: historia, memoria, política. Madrid: Marcial Pons, 2007.

_____. **La historia como campo de batalla**: interpretar las violencias del siglo XX. México: Fondo de Cultura Económica, 2012.

VAN YOUNG, Eric. **La otra rebelión**: la lucha por la independencia de México, 1810-1821. México: Fondo de Cultura Económica, 2006.

VARGAS, Sebastián. Los skinheads y la historia. **Tabula Rasa**, n. 12, p. 137-157, 2010.

VARGAS LLOSA, Mario. **La verdad sobre las mentiras**. Madrid: Punto de Lectura, 2002.

VERGARA, Luis. Discusiones contemporáneas en torno al carácter narrativo del discurso histórico. **Historia y Grafía**, n. 24, p. 19-52, 2005.

170

YIE, Maite. Los nuevos rostros del libertador. La batalla de Bomboná en las narrativas campesinas y oficiales sobre la reforma agraria en Nariño. **Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura**, n. 36, p.191-226, 2009.

_____. Narrativas de pasado, de nación y ciudadanía en las celebraciones patrióticas durante el siglo XX en Colombia. In: MUSEO NACIONAL DE COLOMBIA. **Las historias de un grito**: doscientos años de ser colombianos. Exposición conmemorativa del Bicentenario 2010. Bogotá: Museo Nacional de Colombia, 2010, p. 130-154.

YOUNG, James. **The texture of memory**: holocaust memorials and meaning. New Haven-London: Yale University Press, 1998.